

RUEDA DE ALCALDES

NAVAMORCUENDE: Un lugar ideal para turismo, olvidado o poco conocido

Hablando de Navamorcuende el P. Juan de Mariana decía en su libro "Del Rey y de la Institución Real": "Es verdaderamente de admirar que reuniendo tantas y tan buenas dotes, estén aún aquellos lugares faltos de quintas, ni hayan merecido ser durante los rigores de agosto moradas de recreo y placer para ricos, que difícilmente podrán encontrar otros más amenos, saludables ni fecundos". La afirmación conserva plena validez. Navamorcuende continúa siendo un lugar maravilloso para pasar un verano fresco y tranquilo. Pero en Navamorcuende no hay chalets de ricos, ni hoteles para albergar un posible turismo masivo. Los constructores no han puesto todavía el ojo en este pueblo de media serranía que tiene muy buenas condiciones para atraer hacia él el turismo madrileño de fines de semana. Aunque se están edificando casas nuevas, no se hace en la medida que sería deseable. Quizás porque el turismo interno, el único que en los pueblos del interior tiene posibilidades, ha sido orientado durante los años del boom turístico hacia el mar; quizás porque los ricos de hoy son más exigentes y menos austeros que aquellos a los que se refiriera el P. Juan de Mariana.

Y sin embargo decir Navamorcuende es tanto como decir tierras de señorío, abolengo y alcurnia; gente de "claro ingenio y candorosas costumbres en las que con facilidad se reconoce al verdadero cántabro" (P. Juan de Mariana); lugar para el esparcimiento. Algo de todo esto —que es historia— perdura aún hoy. Hay en el término del pueblo siete mil hectáreas dedicadas a coto de caza donde crece sin límites la encina y el monte se hace espeso e intransitable. Quince cotos privados son la delicia de muchos aficionados al deporte cinegético. Pero el pueblo, la gran masa, el ciudadano de a pie queda excluido de estos goces demasiado restringidos que solamente se los pueden permitir unos pocos. Si la historia también tiene sus tributos, Navamorcuende está pagando su viejo señorío al precio de apartar de sí a las grandes masas que desean llenar de aire los pulmones, aunque no sea más que los fines de semana. Naturalmente no es culpa de Navamorcuende.

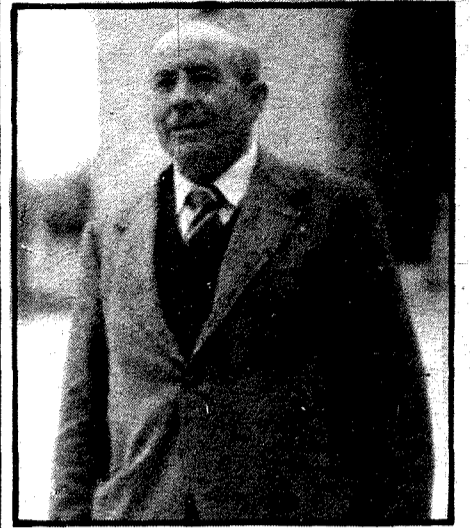
O sí. Verse invadidos por centenares de forasteros cada domingo requiere tener

el ánimo abierto a las incomodidades que lleva consigo. Con las gentes llega el bullicio, el fin de la tranquilidad y otras sujeciones no menos "molestas". Durante la permanencia del viajero en Navamorcuende, le ha llamado la atención una anécdota que el alcalde contaba con orgullo. Habían venido unos coches de forasteros al pueblo que tras haberlo recorrido para arriba y para abajo y haber hablado con la gente, se sintieron tan a gusto por no haber visto ni un letrero, ni un cartel, ni un rayajo en ninguna parte que no pudieran por menos que comentárselo a la máxima autoridad del lugar. Probablemente, de haber sido hoy día Navamorcuende un pueblo más frecuentado, tendrían letreros, carteles y rayajos en las paredes y en las calles.

Tomando como punto de partida Sotillo de las Palomas o Marrupe, la subida a Navamorcuende se presenta en un primer momento dura y abrupta. Parece que la carretera se va a meter de inmediato en la sierra, bien coronándola, bien siguiendo algún desfiladero oculto en una garganta. Pero de pronto tuerce a su izquierda, deja de subir y se queda adormecida en la ladera de la colina sin más bríos que el monótono seguirse de las curvas, unas veces

hacia la derecha otras hacia la izquierda. Tras ser camino de encina y monte bajo durante un buen trecho, a su llegada a Navamorcuende se torna en camino de viñedo, olivar y tierra de cultivo. El contraste es bastante fuerte y el viajero no puede dejar de acusarlo. Después de kilómetros de tierra inculta, aparece, también sobre la tierra, la mano del hombre.

Si la tierra anuncia ya de lejos que estamos llegando a Navamorcuende, pronto la torre de su iglesia, dominadora del pueblo, no deja lugar a dudas. Allí está ella, elegante, robusta, hermosa fábrica en sillería que data del renacimiento. Dicen los habitantes del pueblo que Herrera vigiló su construcción. Es muy posible aunque no haya documentos suficientes para probarlo. El estilo es el suyo. El viajero se queda mirando las columnas dóricas que adornan el exterior del edificio con sobriedad. Todas ellas están rematadas por bolas de piedra, sencillas. En el interior la tónica es la misma: sobriedad y buen gusto. Una sola nave, amplia, dividida en cinco paramentos, está cubierta por casquetes de difícil solución arquitectónica. Realmente merecería la pena sentarse solitarios y silenciosos para gustar el encanto de esta obra costeada por el



Don Vicente Muñoz Cano, alcalde de Navamorcuende.

señor de la Villa, Dávila, cuyo escudo campea en la fachada lateral del templo. Pero los chiquillos de la catequesis arman un guirigay indiscriptible.

El pueblo de Navamorcuende tiene una estructura muy sencilla. Las casas se alinean en tres calles paralelas a la carretera, eje de la población, que, a su vez, quedan cortadas por otras calles perpendiculares más cortas y retorcidas que las primeras. De fondo, la ladera verde de una colina sembrada de pinos.

No tienen características peculiares las casas del pueblo, a no ser la afición de sus habitantes por las rosas rojas y los geranios también rojos. Los hay en casi todas las esquinas; las casas más pobres y humildes alegran su indigencia con el contraste entre las fachadas encaladas y el rojo de las flores. Porque Navamorcuende, tan igual a primera vista, es un pueblo donde hay señores y gente llana; ricos de siempre y emigrados que a fuerza de sudor están nivelando un poco las desigualdades heredadas. Aunque el dinero vaya reduciendo distancias, la separación social queda. En este dato están de acuerdo nuestros interlocutores en Navamorcuende.

El Alcalde, don Vicente Muñoz Cano, nos recibe en su despacho del Ayuntamiento. Nos acompañan en la entrevista el Secretario don Félix Suárez Mesa, el Director del Grupo Escolar don Gregorio Collado, talaverano afincado allí hace muchos años, y don Vicente Lázaro, corresponsal de La Voz y gran conocedor y estudioso de la historia y tradiciones de Navamorcuende.

Don Vicente, el alcalde, lleva cuatro años en el cargo. Componen el concejo seis concejales y el presupuesto municipal asciende a la suma de 2.400.000 pesetas, para una población actual de unos 900 habitantes. De estos datos el que más asombro nos produce es la extensión del término municipal que es de 11.400 hectáreas. Hacemos notar que no corresponde con el número de habitantes tanta extensión de terrenos y nos dicen que ha habido mucha emigración, que en el año 1950 los habitantes de Navamorcuende eran 2.167.

—¿Qué cultivos o qué producción dan estas tierras?

—La mayor parte está dedicada a pastos y encinares. También hay mucha vid y olivos. Algo de pinares y de cereal. Pero el campo está muy abandonado. Por ejemplo los encinares están tan frondosos pero tan descuidados que apenas producen bellotas y la leña hay que regalarla para que se la lleven.

—¿Cuál es entonces la riqueza principal de Navamorcuende?

—La ganadería. En ganado vacuno



Una fuente pública de fina y fresca agua del Piélagu.



Vista general de Navamorcuende.